

En una ocasión, en vez de regresar directo a la casa, me desvié por la casa de los Dubeck. Ya era tarde. Vi que un hombre cerraba la reja tras de sí. Me acerqué y me bajé del coche para hablar con él. Era el hijo de los Sres., a quien yo había conocido en la funeraria. Le pregunté por su madre y le platicué de las dificultades que habíamos tenido para comunicarnos con ella o poder visitarla.

Me aseguró que se encontraba bien. Luego dijo algo que yo no entendí. Notó mi extrañeza.

-Como usted comprenderá, mi madre es sorda. Nosotros vivimos su paulatino ensordecimiento. Sintió, creo, que el mundo la soltaba.

No, no lo había comprendido. Se lo platicué a Mariana y también le extrañó. Yo no me imaginaba el silencio absoluto, como tampoco me imagino una ceguera que excluya la luz. Mariana me escuchó y se quedó pensativa. Parecía triste y no me miraba a los ojos. Pensé que era mejor por lo pronto no hablar más de los Dubeck ni querer entender por qué habían mantenido en secreto la sordera de la señora. Me acordé que los fetos, inmersos en el líquido amniótico, para escuchar la voz de su madre colocan su cuerpo contra la columna vertebral, que es, también, una columna de sonido.

Metepéc, 1991.

Roberto Ransom. N. en México, D.F., 1960. Editor, profesor, traductor, becario. Uno de los fundadores de la revista *Ixtus*. Publicaciones: *En esa otra tierra* (novela, Alianza, México, 1991); *El señor desnudo* (poema, Arcilla, Metepéc, 1993); *Historia de dos leones* (novela, El Aduanero, México, 1994).

*Ilustración: Roberto de la Torre.
Diseño: Julio Bernal y Silvia Jasso.*

Este número aparece gracias al apoyo de anónimos y viejos simpatizantes de la tribu tunAstral y, además, del Instituto Mexiquense de Cultura.

Carta Literaria de la Tribu

tunAstral

Número 22. 9 de enero de 1995.

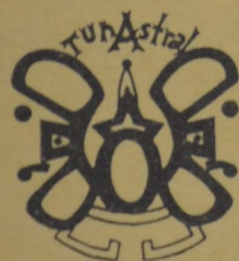
Director general:
Roberto Fernández Iglesias

Apoderada:
Margarita Monroy Herrera

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216
Col. Universidad
Toluca, México. C.P. 50130
MEXICO

Teléfono: (72) 19 54 36

Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.



Café literario tunAstral

Todos los lunes 20 hrs.

Febrero de 1995

- | | | |
|----|------------------------|-------------|
| 6 | Papuras | (ediciones) |
| 13 | Al Yunque | (revista) |
| 20 | Mario Ríos Reyes | (poesía) |
| 27 | Jorge Gutiérrez Torres | (guitarra) |

Restaurante "Biarritz"
Nigromante esq. 5 de Febrero, Toluca,
México.

tunAstral

carta literaria de la tribu

a Fabio Morábito

Era bastante gratuito el que fuéramos miembros de un mismo grupo social. Luego supimos que también eran vecinos nuestros -no inmediatos, pero sí de la misma colonia. Había un orden, que sólo en la primera ocasión fue espontáneo, según el cual cada pareja, o miembro soltero, recibía en su casa a los demás.

Esa noche nos tocó a nosotros. Después de encaminar a la puerta al último grupo de invitados, y volver con mi mujer a la cocina, donde ella había comenzado a enjuagar los trastes -su sueño era irreconciliable habiendo enseres sucios-, platicamos lo mismo de siempre aunque nos pareció que había empeorado lo que nos molestaba del matrimonio Dubeck. Quizá recibirlos en nuestra casa nos hacía ver las cosas de modo distinto o con mayor clarividencia.

Les teníamos cariño, debido a costumbre o posiblemente a la misma irritación que nos causaban. Su ausencia de alguna de las reuniones, lo cual nunca ocurría, se hubiera notado inmediatamente por nosotros y opacado de modo notorio la velada.

Nuestro malestar se debía, aunque no exclusivamente, al hábito que tenía la Sra. Dubeck de no permitirle hablar a su marido. Esto no es del todo exacto: le permitía hablar lo suficiente para interrumpirlo. La resignación de don Gregorio era exasperante. Se quedaba a media oración como si llegara al final de lo que quería decir. O al final de su swing de golf, como dijo Mariana. Aguardaba, parecía, la interrupción de su esposa, pero algo de cinismo y amargura en la expresión de sus labios me hizo decidir que no se había

Tiresias, un rato
Roberto Ransom

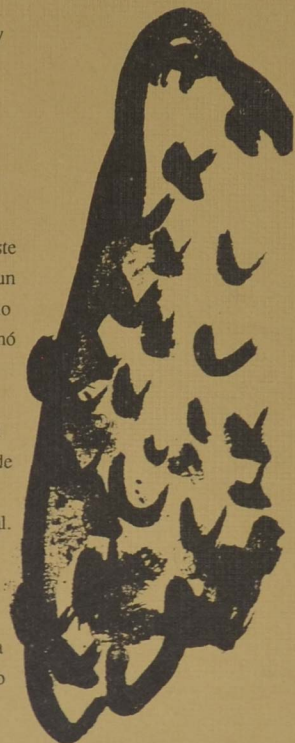
22

amor es la palabra / poesía, la acción

acostumbrado del todo. Sabíamos, y eso subrayaba nuestra extrañeza, que el Sr. Dubeck era un empresario dueño de muchas industrias en el valle. Realmente era impensable, paradójico, el comportamiento de don Gregorio, que entre los comensales era el hombre de mayor edad y poder. Nadie más lo interrumpía, y él no lo hubiera permitido; su buena educación no tenía sitio para la grosería o la agresión no provocada, pero debajo de aquella amabilidad, don Gregorio era un hombre duro, enemigo de las concesiones y la autocomplacencia. Lo anterior es una hipótesis, ya que la Sra. Dubeck jamás permitía que los demás interrumpieran a su marido: ella lo hacía primero. Podríamos haberlo conocido mejor en los momentos en que las reuniones se dividían en dos, según el sexo, o en varias, según factores incomprensibles, pero su esposa jamás se apartaba de su lado.

Insisto en que era un hombre respetado y muestra suficiente de ello es que este asunto tan desagradable nunca se tomaba como pretexto para algún chiste, aun cuando el Sr. Dubeck no se hallara presente. La realidad del Sr. Dubeck como amo, aparentemente, de dos papeles era difícil de aceptar y nunca se mencionó el asunto entre los varones de las tertulias. No sé cuál era la opinión de las mujeres, o si lo comentaban. Don Gregorio no era un hombre que suscitara ternura o compasión en ellas (o, al menos, nunca lo mostraron) con todo y su aire de derrota. Aun así, yo sentía que estaban de lado de él, si es que se puede hablar de bandos en este caso, lo cual yo dudo, ya que los Sres. Dubeck eran justo eso, los Sres., y uno se refería, o dirigía, a ellos usando siempre el plural. ¿Qué les pareció el informe? ¿Gustan un trago? Tenían algo de vaudeville, de pareja de comediantes.

Esa noche la plática sobre el matrimonio Dubeck nos involucró de tal manera que Mariana lavó los trastes y yo los sequé. Dije que el señor se iba apagando cada vez más, que su esposa lo asfixiaba. Mariana estuvo de acuerdo. Lo humillaba adrede o dado su egocentrismo ni se fijaba. Algún día dejaría de asistir a las reuniones. No logramos imaginarnos a la señora sin él. ¿Quién querría oír, por ejemplo, todos los detalles acerca de sus problemas con la servidumbre? ¿Guardaría silencio toda la noche? O de ser incesante su parloteo, ¿a quién se lo dirigiría? Era aburrida pero ignoraba, o fingía no ver, cuando los otros se alejaban físicamente o sólo con la mirada. Cuando dejábamos de escucharla nos ataba a nuestras sillas subiendo el tono y el volumen de su voz y platicando cosas que daban pena ajena. Sin embargo, casi siempre miraba a su marido. Parecía estar recibiendo algo de él. Pensé en un niño pequeño que en casa ajena voltea hacia su madre para ver si aprueba



ESPIGA



EE

su comportamiento. Era imposible imaginarlos separados, sobre todo a ella, tímida quizá, quizá en realidad pésima conversadora, especie de enredadera cuyas palabras trepaban como tallos y hojas por encima del soporte firme de su marido. Él rehusaría volver a salir, y ambos se encerrarían en su casa.

Cuando no llegaron a la siguiente reunión, nos sentimos inquietos, quizá también culpables. Lo platicamos de vuelta a la casa: los dos percibimos que la ausencia de los Sres. Dubeck no se debía a algo intrascendente y que guardaba alguna relación con lo que habíamos adivinado.

Tampoco llegaron la siguiente semana. De nuevo nadie supo decimos a qué se debía su ausencia. Así nos dimos cuenta, y nos pareció una manera triste y mezquina de descubrirlo, que nadie del grupo tenía una amistad más profunda con ellos. Telefoneé y me contestó una voz que no reconocí. Informé a los demás que el Sr. Dubeck estaba enfermo y que la Sra. lo estaba cuidando. Quise visitarlo pero un pretexto y luego otro me lo impidieron. Pasaron semanas.

Mariana y yo no volvimos a hablar de ellos hasta el día en que vimos la esquela en el periódico. Fuimos a velar a don Gregorio. Doña Amelia parecía ausente. No la vi conversar con nadie y recibió los pésames en silencio. Estaban presentes algunos familiares, a quienes yo no conocía, y me pareció que todos los arreglos del funeral estaban en manos de uno de los hijos, un hombre atractivo, esbelto y con aire de autoridad, que de vez en cuando se acercaba a su madre y se paraba junto a ella.

Nos quedamos toda la noche. La mayoría del grupo de las reuniones semanales quisimos mostrarnos solidarios en lo posible. Ya clareaba. Tomábamos café. Después de la misa de cuerpo presente y poco antes de bajar la tapa del ataúd, me extrañó un gesto de la Sra. Dubeck. Se acercó a su marido y le tocó los labios con las puntas de los dedos. Lo miró al rostro con infinita desolación.

Dejamos que transcurriera un tiempo antes de visitarla a su casa. No nos contestaba. Pasamos numerosas veces. Ofamos que sonaba el timbre. Nuestros intentos de comunicarnos por teléfono siempre parecían un reencuentro con don Gregorio, ya que él nos respondía pidiendo que dejáramos nuestro nombre, mensaje y número telefónico después de escuchar el bip.